

Hijo para devolvernos la esperanza que nos abandonó el día funesto en que dejamos de mirar hácia lo alto para mendigar humillados los insulsos alhagos de los seres que nos son inferiores.

Yo sé que entre el Creador y la creatura hay una distancia infinita que no salvará jamás ninguna grandeza; pero por haberse Dios unido al hombre por medio de María, la veo tan cerca de la Hermosura Increada, que entiendo, desvanecido por tan excelsa majestad, que la Madre Virgen es más que una simple creatura y que en ella hay cierta incomprensible infinidad, aunque confieso que respecto del Ser Supremo es la hechura predilecta de su brazo omnipotente, pues á tanta altura está, que únicamente el Todopoderoso pudo formarla, según Ella lo ha expresado magníficamente en un cántico inmortal. *Fecit mihi magna qui potens est.*

Débiles é insuficientes son mis palabras, Señores; pero confío en que cayendo sobre vuestra alma, despertarán en ella pensamientos elevados que completen mi concepto, así, algún trémulo rayo de luz descubre á veces, en la profundidad del océano, la existencia de las perlas más estimadas.

Me complazco pues en creer que interiormente me habéis ayudado para que presentara alguna de las glorias de María; ayudadme, igualmente, para demostrar que nos pertenece como Madre y como Reina.

II

Nuestra naturaleza, es inepta para conseguir el bien supremo que es la felicidad y lo es más tal como ahora la recibimos de Adán, porquellleva en lo íntimo de su ser un anatema de muerte. La inteligencia, inficionada por el error, desconoce el fin último; la voluntad, atrofiada por la soberbia, no quiere conocerlo, y se atribuye locamente á sí misma el objeto final de sus actos; y la sangre, agitada en la podredumbre de la carne como un oleaje impuro, arrebatada al hombre los miserables restos de dignidad que le quedaron en el naufragio que sufrió, y pone en su corazón apetitos salvajes que hacen del rey de la creación el digno compañero de las fieras indómitas.

La historia nos testifica esta terrible verdad presentándonos el género humano imbuido en falsas ideas acerca de Dios,

de sí mismo, del mundo; con profunda corrupción moral, siendo el hombre lobo para el hombre, según la enérgica frase de un filósofo; y si ejercitó algunas virtudes, se debió tan solo á que en la sucia vestidura de la humanidad, resplandecían aún destrozados girones de verdad y de justicia, reliquias de su pasada riqueza, como aparecen girones de lino y de seda en el haraposito manto de un mendigo.

Nos es, por tanto, necesaria una naturaleza nueva; hacernos una nueva creatura, siendo engendrados de nuevo, naciendo nuevamente.

El Salvador explicaba este misterio al asombrado Nicodemo, que confundía el renacimiento espiritual, obra de la rehabilitación, con el nacimiento corpóreo; pero que, semejante á este, es verdaderamente una nueva generación y un nacimiento nuevo.

El mismo Salvador ha comparado la adopción de esta segunda naturaleza purificada, al acto de vestirse el traje nupcial para asistir al convite de bodas, y asegura que es de tan rigurosa exigencia, que el convidado que no se presente con él, no solo será echado fuera del convite, sino arrojado á las tinieblas exteriores.

¿Pero cual es esta naturaleza? La que Jesús sanó y purificó tomándola del seno original de la inmaculada María; por esto el Apóstol nos enseña en una de sus cartas, que ante Dios no vale más que la nueva creatura, y en otra, concreta en un precepto breve, en qué consiste ésta y como debemos hacernos hombres nuevos. *Vestíos, dice, de Nuestro Señor Jesucristo.*

Regeneración, renacimiento, nueva creatura que se adapta la naturaleza humana divinizada, tal es el resultado de la obra que reparó los estragos de la caída lamentable de los primeros días. Mas el que nace necesita una madre; y si el nuevo ser aparece con la vestidura del Dios Hombre, es absolutamente necesario que su madre sea aquella que fué la única digna de darlo á luz.

El evangelio, notadlo bien, Señores, no nos ha presentado á María, para relacionarla con nosotros, sino como madre nuestra; y este sublime acontecimiento se verificó en aquel día tremendo en que Jesús agonizaba en la cruz, y la Madre presenciaba su agonía; aquel día en que se creaban nuevos cie-

los y nueva tierra y en que aparecía al pié del nuevo árbol de la vida el hombre nuevo también.

María, pues, nos pertenece como madre. ¡Qué felicidad y qué dignidad la nuestra!

Nos pertenece, igualmente, como reina. ¿Y qué es una reina, Señores? La dignidad real, como toda soberanía, está compuesta de dos nociones fundamentales: la magestad y la autoridad. La magestad es el signo exterior, caracter impreso, que nos da á conocer la grandeza y respetabilidad de un ser, y la autoridad es la potencia de dirigir á alguien al bien y solo al bien. El objeto de esta facultad es tan necesario, que sin él, la majestad no es más que un falso brillo, y la autoridad un lamentable extravío; y es también la esencia, al grado que, cuando no se produce el bien, cambia del todo la autoridad y se convierte en una cosa que tiene un nombre abominable: la tiranía.

Aquella Isabel de las islas del Septentrión de Europa, que llenaba de cadalzos las plazas de sus ciudades y manchaba el armiño de su manto con la sangre de sus vasallos, no era una reina sino un tirano; más aquella otra Isabel del medía, que se desprendió de sus joyas, que tanto ama la mujer, para ensanchar las glorias de su patria, era una verdadera reina y el oro no es bastante elevado para grabar la memoria de acción tan ilustre. Dada la idea de lo que es la dignidad real, ocioso parece detenerse en comprobar que corresponde, en grado sumo, á la que mereció tener bajo de sí á todas las cosas creadas.

¿Qué magestad no corresponde á la Madre de Dios? San Juan la vió vestida del sol, coronada con las estrellas del cielo y teniendo á la luna como peana de sus piés.

Ella dió al linage humano la salud perfecta, dando al Hijo, que es la ley, la regla, el medio y el fin todos nuestros actos; y si oficio de la autoridad es dirigir el bien común, María dirigió no solo á la naturaleza humana, sino á la angélica hacia el bien que satisface por completo y aquieta con el supremo gozo, toda tendencia, bien que mayor, no lo concibe la misma inteligencia divina.

Así es que la Iglesia, maestra de la ciencia que nos conduce á Dios, la proclama reina en todas las fervorosas súplicas que dirige á su maternal clemencia. *Salve, Regina*, y la historia eclesiástica nos refiere que alguna vez, voces de án-

geles alabaron á María como reina al mismo tiempo que el cielo enviaba una nueva gracia *Regina coeli letare*.

Sí, es reina y comparte con su Hijo el imperio del universo; y para reconocerle la dignidad real y sentarla á la derecha de su trono, la solicitaba amorosamente *Veni coronaberis*.

Si es verdad que en el mundo fué hija de reyes y en el cielo es reina ¿qué hemos hecho nosotros coronando á su Imagen? ¿Habremos verificado una vana ceremonia? ¿sólo habremos dado desahogo á lo que la impiedad llama fanatismo, ó hablando en los términos positivistas de este siglo corrompido, habremos hecho un gasto inútil?

¡Oh espíritus ligeros que pasáis de frente sin examinar las causas y fundamentos de la cosas y queréis con una palabra insubstancial hacer vacilar y que caiga la roca incommovible, yo no hablo con vosotros; no he de entregaros el tesoro de nuestra alma, porque, miserables, no sabréis guardarlo!

Yo hablo á los que tienen fuerza en la inteligencia, para conocer, potencia en la voluntad para amar y gratitud y generosidad en el pecho para corresponder al beneficio recibido.

Hay, Señores, una historia que abraza un periodo de más de trescientos años; esta historia se ocupa tan solo en narrar las misericordias que ha obrado la Madre de Dios para con esta ciudad y que le han sido otorgadas cuando la misma Señora es invocada como Salud de los enfermos. ¡Qué historia! Torrentes de amor para el pueblo patzcuareense y para todos los que confían sus miserias á quien puede remediarlas, y á quien quiere remediarlas si es llamada Salud: medicina para el enfermo y vida para todos y para la eternidad.

Del mismo modo que en el seno de la familia la amorosa madre tiene singular placer en conceder á sus hijos todas las satisfacciones que desean y no les son nocivas; así como su vida toda, está llena del cuidado que le merecen los pedazos de su corazón, también la amable Virgen de la Salud, fijos sus misericordiosos ojos en la ciudad de Pátzcuaro, la protege con su poder lleno de ternura; y solícita de su bien, vive con sus hijos participando de sus alegrías y de sus pesares, procurando aquellas y mitigando éstos con relación á la verdadera felicidad, hacia la que conduce con suave violencia.

Si los muros de su Santuario hablaran, y hablarán algún día, sabríamos hoy, todos los prodigios obrados por la bonban de la Madre y por el poder de la Reina. Tranquilidad

en la familia, amor entre los hermanos, sanidad en los enfermos, arrepentimiento en los pecadores, auxilio en la temible hora de la muerte, iris en la tempestad, remedio en la peste, recursos en las necesidades, alivio en toda miseria; tal ha sido quien es nuestra Salud.

Afortunadamente vosotros conocéis mejor que yo los prodigios que en incansable muchedumbre han hecho un nuevo pueblo escogido del pueblo á que pertenecemos; si yo los negara, me arrojaría de este lugar vuestra justa indignación, y mi propia conciencia me azotaría el rostro, mostrándome la vergüenza, mi falsedad.

Apenas formada la Imagen de la Salud, colocada todavía en el modesto altar del Hospital de Santa Marta, se vió, dice Francisco de Lerín, que asistía personalmente á los enfermos.

Cuando fué retocada, un sudor copioso bañaba su frente, y no cesó, hasta que rogada fervorosamente para que lo permitiera, se dignó conceder que se hiciera la reforma deseada; y aseguran testigos fidedignos que de los restos separados, se han hecho tantas imagenes de Marfa, que reunida toda la materia de que se componen, formarían una, mayor que la original.

Mas ¿para qué cansaros? La historia de sus bondades no ha cerrado la última foja, y ahora como ayer, demuestra cuán grato le es á la Virgen Santísima, ser honrada en la Imagen que por dicha nuestra poseemos.

Preguntaréis que dónde están escritas tantas maravillas? En el alma, Señores, llevamos grabada su historia, y en el alma la llevaron también escrita nuestros padres.

Sus páginas las guarda cuidadosamente la gratitud que aviva el recuerdo del beneficio recibido y que engendra el amor que merece la bienchora; por esto hoy, no pudiendo contenerse más, ha estallado el corazón en explosiones de apasionado sentimiento, y proclama especialmente como Reina nuestra, á la que tan particulares bienes nos ha prodigado.

La corona de oro y de piedras preciosas que ciñe su frente, no es más que un símbolo; la verdadera, la forman el amor y la gratitud de nuestro corazón.

¿Es, pues, cierto que nos amáis, Esperanza nuestra, hermosura en quien se complace el autor de toda hermosura? ¿Y

quién lo duda, si cada uno de nosotros llevamos dentro, el testimonio del amor que nos tenéis? ¿Y quién lo duda si ha sido confirmado vuestro amor por el mandato de Aquel que nos enseña aquí en la tierra los decretos del cielo?

Parecéme, ¡oh Señora! y así lo creo, que vos misma inspirasteis al Santo Obispo Don Vasco que modelara la Sagrada Imagen de la Salud. En ella habéis impreso en admirable consorcio, la majestad de la reina, la gravedad de la madre y el púdico candor de la doncella; así, con tan admirable aspecto, se refiere que os habéis presentado al sencillo neófito mexicano y á la afortunada virgen de Massabielle.

¡Cuánta belleza habéis acopiado en esta Santa Imagen vuestra! De la agraciada cabeza se desprende abundante el castaño cabello que cae en ondulantes rizos sobre los hombros como un velo que pliega y extiende la castidad; en los dulces y apacibles ojos hallamos la misericordia que nació de vos, y en la adorable sonrisa de su boca, la bondad que perdona los pecados. Nos enseña la oración y la plegaria con la actitud de las manos siempre unidas en fervoroso ruego; sus mejillas se cubren unas veces con el rubor virginal de la rosa, y otras, cuando nos amenaza la cólera divina, se cubren ¡Madre llena de ternura! se cubren con la casta palidez de la azucena.

Invocandoos como salud nuestra, ¡cuántas lágrimas habéis enjugado de las que nos hacen derramar los dolores del cuerpo y las desventuras de la vida, y cuántas habéis hecho brotar de nuestro corazón, para lavar y curar esas llagas vergonzosas que nos causan las acciones indignas que nos separan de vuestro Hijo y de vos!

Habéis hecho de nuestra ciudad, una ciudad famosa; por Vos, no es la más pequeña entre las ciudades mexicanas, porque aun en países lejanos, al ser vos invocada, se pronuncia con respeto su nombre, como el lugar donde reside vuestra corte.

¡Cuántos varones esclarecidos por su virtud y su ciencia han crecido al abrigo de vuestro manto azul! Yo quisiera nombrarlos á todos, porque todos os han amado; pero ya que la brevedad del tiempo no me lo permite, mencionaré á algunos de ellos. Muchos desearon ardientemente veros coronada, asistir á la fiesta que celebramos; pero no obtuvieron la dicha que tenemos. No la obtuvieron aquellos santos pere-

grinos que, arrojando los ardores del estío y los helados aires del invierno, transitaban por ásperos caminos y recorrían las ciudades y las aldeas para recabar de vuestros devotos, el óbolo que destinaran para la fábrica de vuestro Santuario. Ni tampoco aquel celoso párroco que empleó todas sus fuerzas en propagar vuestro culto y á quien es fama que sanasteis de una grave enfermedad; él fué el primero que vistió á vuestra Imagen con telas de seda realzadas con bordados primorosos.

Y en nuestros días, no os vió coronada aquella inteligencia poderosa que cantó con boca de oro vuestras alabanzas y que inspirada por vuestro amor, afirmaba, me es grato repetir sus mismas palabras:

No moriré sin verte,
Sino que en tu presencia dulce y cara
Sucumbiré á la muerte,
Viendo tu lumbre clara
Y cómo tu bondad no desampara.

Y así fué concedido; y más cerca aún, aquel santo y humilde sacerdote que cifraba sus glorias en pasar los días al pié de vuestro altar procurando vuestra honra. ¡Ah! la muerte nos los ha arrebatado, pero vos, Señora, los habéis recogido en vuestro regazo para que perfeccionaran su amor, y algún día, los esperamos, comunicaremos con ellos estos mismos pensamientos contemplando arrobados vuestra original belleza.

¡Bendita seáis mil veces, porque os dignasteis conservarnos al ilustre Prelado que hace pasados treinta años gobierna dignamente la dilatada diócesis Michoacana! Llenadlo con la dulzura de vuestros consuelos y sostened su ancianidad con la fortaleza de la virtud siempre aumentada. El os ama y ha fomentado en nosotros el amor que os tenemos, él ha sido el promotor principal de este gran día de gloria para vos y de felicidad para nosotros, en que, al veros coronada, os saludamos con un grito de amor que arrancaba de lo íntimo de nuestro pecho.

Sed siempre nuestra madre, sed siempre nuestra reina; y ya que os habéis dignado afirmar en esta tierra el solio de vuestra magestad, no permitáis que alguna vez desmerezcamos tan grande ventura.

Ahora, tiempo es ya de que os rindamos el vasallaje que os es debido.

¡Patzcuarenses! veistíos con el traje de gala y acudid presurosos al besamanos real; preparad antes rica y esmeradamente todo lo que es necesario; llenad los pebeteros con granos de oloroso incienso, derramad toda clase de aromas y perfumes deliciosos que embalsamen el aire; regad el suelo con hermosas flores deshojadas y ensayad himnos y cánticos más bellos todavía que los que entonó Israel para celebrar la victoria de la valerosa Judith, porque María, nuestra Reina, mejor que lo que fué la heroína de Bethulia para los hijos de Jacob, es la alegría, es la honra y es la gloria de los hijos de esta ciudad.

Aprestad los instrumentos músicos más finos y que den más delicada armonía, y marchemos.....¿Pero qué digo? ¿Quién soy yo, Señora, para conducir hasta el pié de vuestro trono al pueblo que habéis elegido?

¡Levantaos, Monseñor, Pastor nuestro, augusto delegado del Soberano cuyo cetro está sostenido por la cruz de Cristo, levantaos! Inclina el primero vuestra venerable cabeza cargada de nobles años ante la reina que habéis coronado y hacia la que se dirigen con vehemencia nuestros corazones; pedidle por nosotros, pedidle por vos, pedidle por nuestra Patria: pedidle que este dulce entusiasmo de nuestro amor que ella ha causado, no cese en el tiempo y perdure en la eternidad.

HE DICHO.

Pátzcuaro, Diciembre 9 de 1899.



—17—

PLEGARIA.

*Por el Sr. Rector del Colegio del Sagrado Corazón
Pbro. D. Rafael Nambo.*

Augusta Reina, Virgen bendita,
Madre adorada de la Salud!
Al presentarse tu pueblo amado
Para mostrarte su gratitud,
Cuando contempla la dulce imagen
Donde fijaste tu hermosa faz,
Lleno de gozo, de amor henchido,
Pobres y exiguos dones te da;

Y mientras ciñe sobre tu frente
Esa diadema, que orna tu sien,
Vé cual se elevan ante tu trono,
Sonoros himnos de ardiente fé.

Propicia acoje su don sencillo,
Modesta ofrenda del corazón,
Y une á tus ruegos, esas fervientes
Tiernas plegarias de su oración!

Ecos sin nombre, que al cielo suben,
Que sollozando van hácia tí;
Van empapadas en ese llanto
Que tú acostumbras, Virgen! oír

Oye sus ruegos, ¡oh Virgen pía!
Clemente acoje su tierno amor;
Sobre él extiende tus manos puras
Tus manos llenas de bendición.

A quien invoca tu dulce nombre,
Y en tu largueza confiado está,
Tus celestiales ojos le miran

Y esa mirada le da la paz.
¡Virgen querida, madre adorada,
Tu eres la gloria de tu ciudad:
Tierna cautivas sus moradores
Con la mirada de tu bondad!
¿Como no darte, con alma y vida
Cuantos tesoros tu amor nos dá?.....
Esos espesos bosques sombríos,
Las sacras linfas del manantial,
Y nuestros prados, nuestras colinas,
Y nuestro lago, limpio y azul:
Todo eso es tuyo; te lo ofrecemos;
Tómalo Reina, tómalo tú!
Y nuestras almas? Aquí las tienes
¿Para qué dártelas si tuyas son?
Dulce Señora, impera, manda
Sé tú la Reina de nuestro de amor
En nuestras manos tú la pusiste,
Y á tí volvemos la juventud
Cuida, Señora, su inteligencia
Se tú su amparo, se tú su luz
Qué no la manche, que no la abata
De las pasiones el vendabal;
Sé tú su Madre, ellos sus hijos
Qué no te olviden ¡Virgen! jamás.
¡Augusta Reina, Virgen bendita
Madre adorada de la Salud
Cuanto tenemos te lo ofrecemos
Tómalo, Reina, tómalo tú!

